

Frederic Bastiat

¿Por qué he de ocuparme tanto de esa ciencia árida, la economía política? ¿Por qué? La pregunta no es impertinente: todo trabajo inspira por su misma naturaleza bastante repugnancia, para que se tenga el derecho de preguntar cual es su objeto. Veamos: busquemos.

No escribo para los filósofos que hacen alarde de adorar la miseria, sino en sus nombre, a lo menos en el de la humanidad entera. Me dirijo a cualquiera que cree que la riqueza es algo, entendiendo por aquella palabra no la opulencia de algunos, sino la comodidad, el bienestar, la seguridad, la independencia, la instrucción, la dignidad de todos.

No hay mas que dos medios de proporcionarse las cosas necesarias a la conservación; el embellecimiento y los goces de la vida: la *Producción* y la *Expoliación*.

Algunas personas dicen: la *Expoliación* es una cosa accidental, un abuso local y pasajero, anatematizado por la moral, reprobado por la ley, indigna de que la *economía política* se ocupe de ella. Sin embargo, por mucha benevolencia, por mucho optimismo que tengamos en el corazón, nos vemos forzado a reconocer que la *Expoliación* se ejerce en este mundo en una escala demasiado grande, que se mezcla demasiado universalmente a todos los grandes hechos de la humanidad, para que ninguna ciencia social, y sobre todo la economía política, pueda dejar de tenerla en cuenta. Pero voy mas lejos. Lo que impide a la sociedad humana alcanzar la perfección, (a lo menos aquella de que es susceptible) es el esfuerzo constante de sus miembros para vivir y desarrollarse unos a expensas de otros; de modo que si la *Expoliación* no existiese, siendo entonces perfecta la sociedad, las ciencias sociales carecerían de objeto.

Voy todavía mas lejos. Cuando la *Expoliación* ha llegado a ser el medio de existencia de una aglomeración de hombres unidos entre sí por el lazo social, pronto se forman una ley que las sancione, una moral que la ensalce. Basta citar algunas de las formas más marcadas de la expoliación para demostrar el lugar que ocupa en los contratos de los hombres.

En primer lugar la *Guerra*. Entre los salvajes el vencedor mata al vencido para adquirir un derecho, si no incontestable, al o menos incontestado. Siguen algunas otras formas y llegamos por fin al monopolio. Su carácter distintivo es el que deja subsistir la gran ley social: Servicio por servicio, pero haciendo intervenir la fuerza en el debate, y alterando por consiguiente la justa proporción entre el servicio recibido y el servicio hecho.

La expoliación lleva siempre en su seno el germen de muerte que la mata. Raras veces la mayoría es la que despoja a la minoría; por qué, en tal caso, ésta se vería pronto reducida al extremo de no poder satisfacer los inmoderados deseos de aquella, y falta de alimento, la expoliación perecería. Casi siempre la mayoría es la oprimida, sin que por eso deje la expoliación de sufrir su fatal sentencia; porque si tiene por agente a la fuerza como en la guerra, es natural que al fin y al fallo la fuerza se halle donde está el mayor

número, y si su agente es la astucia, como sucede en el monopolio, lo natural es que la mayoría se ilustre, porque si así no fuese, la inteligencia dejaría de ser lo que es.

Otra ley providencial deposita un segundo germen de muerte en el corazón de la expoliación. Helo aquí: la expoliación no solo hace cambiar de destino la riqueza, sino que siempre destruye una parte de ella: la guerra destruye muchos valores; el monopolio hace también que la riqueza pase de un bolsillo a otro; pero mucha parte se pierde en el camino.

Esta ley es admirable. Sin ella, con tal de que hubiese equilibrio de fuerzas entre el opresor y el oprimido, la expoliación no tendría término. Gracias a ella, este equilibrio tiende siempre a romperse, ya porque semejante pérdida de riquezas grava la conciencia de los expoliadores, ya a falta de este sentimiento, porque el mal empeora sin cesar, y aquello que empeora siempre, debe forzosamente tener un término.

Llega en efecto un momento en que en su aceleración progresiva es tal la pérdida de las riquezas, que el expoliador es menos rico de lo que habría sido si hubiese seguido los preceptos de la honradez. Así sucede a un pueblo a quien los gastos de la guerra cuestan más de lo que vale el botín; así sucede también con un monopolio que aumenta sus esfuerzos de absorción a medida que hay menos que absorber, como se aumentan los esfuerzos del pastor a medida que se seca la ubre de sus vacas.

Se ve, pues, que el monopolio es una especie del género expoliación: tiene muchas variedades, y entre otras las prebendas, el privilegio y la restricción.

Entre las formas de que se reviste hay unas simples y francas: tales eran los de dichos feudales. Bajo este régimen se expresa la masa, y ésta lo sabe; implica el abuso de la fuerza y cae con ella. Otras son muy complicadas, y entonces a menudo se expolia a la masa sin que ésta lo sepa. Puede hasta suceder que crea deberlo todo a la expoliación, tanto lo que se le deja y lo que se le quita, como lo que pierde en la operación.

Aún hay más: aseguró que con el transcurso del tiempo, y gracias al mecanismo tan ingenioso de la costumbre, hay muchos expoliadores que lo son sin saberlo ni quererlo. Los monopolios de esta variedad son engendrados por la astucia y sostenidos por el error; no se desvanecen sino en presencia de la luz.

He dicho lo bastante para demostrar que la economía política produce una utilidad práctica evidente: es la antorcha que, quitando la máscara a la astucia y disipando el error, destruye ese desorden social, la expoliación. Alguno, creo que es una mujer, y tiene mucha razón, la ha definido así: *Es la llave de seguridad del peculio popular.*

Comentario

Si este trabajo estuviese destinado a durar tres ó cuatro mil años, a ser leído, releído, meditado, estudiado frase por frase, palabra por palabra, letra por letra, de generación en generación, como un nuevo Corán; si debiese producir en todas las bibliotecas del

mundo multitud de anotaciones, ilustraciones y paráfrasis, podría abandonar a su suerte, a pesar de su concisión un poco oscura, las ideas que preceden. Pero supuesto que tienen necesidad de comentarios, me parece prudente comentarlas yo mismo.

La verdadera y equitativa ley de los hombres es: *El cambio libremente debatido de servicio por servicio*. La expoliación consiste en desterrar por medio de la fuerza ó de la astucia la libertad del debate, a fin de recibir un servicio sin hacer otro.

La expoliación por medio de la fuerza se ejerce esperando que un individuo haya producido alguna cosa, y quitándosela entonces con las armas. Está expresamente prohibida en el Decálogo: No robarás. Cuando es de individuo a individuo se llama robo y conduce a presidio; cuando es de nación a nación se llama conquista, y lleva a la gloria. ¿por qué esta diferencia? Bueno es buscar la causa. Descubriremos un poder irresistible, la opinión, que como la atmósfera, nos envuelve de un modo tan absoluto, que ya no lo advertimos, porque, como dice Rousseau, y nunca se ha dicho cosa mas cierta que esta: "Se necesita mucha filosofía para observar los hechos que están demasiado cerca de nosotros".

El ladrón, por lo mismo que obra aisladamente, tiene en su contra la opinión pública; alarma a todos los que están a su alrededor; sin embargo, si tiene algunos asociados, se enorgullece de sus proezas en presencia de ellos, y aquí puede principiarse a conocer la fuera de la opinión; porque basta la aprobación de sus cómplices para quitarle la conciencia de su torpeza, y hasta para que se envanezca de su ignominia.

El guerrero vive en otro centro. La opinión que le afrenta reside en otra parte, en las naciones vencidas; no siente su aguijón; pero la opinión que le rodea, le aprueba y le sostiene; sus compañeros y él conocen perfectamente la solidaridad que los liga. La patria que se ha creado enemigos y peligros, necesita exaltar el valor de sus hijos; confiere los honores, la fama, la gloria, a los más osados, a los que extendiendo sus fronteras, le han traído más botín; los poetas cantan sus hazañas, las mujeres les tejen coronas; y es tal el poder de la opinión, que separa de

la expoliación la idea de la injusticia, y quita al expoliador hasta la conciencia de sus faltas.

La opinión que obra contra la expoliación militar, existiendo como existe, no en el pueblo expoliador, sino en el expoliado, ejerce bien poco influjo; sin embargo, no es del todo ineficaz, y lo es tanto menos cuanto mas se frecuentan y comprenden las naciones. Se ve que, bajo este aspecto, el estudio de las lenguas y la libre comunicación de los pueblos entre sí, tienden a hacer predominar la opinión contrario a este género de expoliación. Por desgracia sucede a menudo, que las naciones que rodean al pueblo expoliador son también expoliadoras cuando pueden, y están por consiguiente imbuidas en las mismas preocupaciones. Entonces no queda más que un remedio: el tiempo. Es necesario que los pueblos, por una dura experiencia, hayan conocido la enorme desventaja de despojarse recíprocamente.

Se hablará de otro freno: la moralización; pero esta tiene por fin multiplicar las acciones virtuosas, y si es así, ¿cómo restringirá los actos expoliadores, cuando la opinión los coloca en las clases de las virtudes mas elevadas? ¿hay algún medio más poderoso de moralizar a un pueblo que la religión? ¿y ha existido jamás religión alguna más

favorable a la paz y más generalmente difundida que el cristianismo? Y sin embargo, ¿qué es lo que se ha visto durante diez y ocho siglos? Se han visto batirse los hombres no solo a pesar de la religión, sino en nombre de ella misma.

Un pueblo conquistador no hace siempre la guerra ofensiva: tiene también sus días aciagos; entonces sus soldados defienden el hogar doméstico, la propiedad, la familia, la independencia, la libertad. La guerra toma un carácter de santidad y de grandeza: la bandera bendecida por los ministros del Dios de la paz, representa lo más sagrado que hay sobre la tierra; se toma por ella el mismo interés que por la imagen viva de la patria y del honor, y se exaltan las virtudes guerreras por encima de las otras virtudes. Pero una vez que el peligro ha pasado, la opinión subsiste; y por una reacción natural del espíritu de venganza, que se confunde con el patriotismo, se tiene placer de pasear la bandera querida de capital en capital.— Parece que la naturaleza ha preparado de este modo el castigo de la agresión.

El temor de este castigo, y no los progresos de la filosofía, es lo que retiene las armas en los arsenales; porque no puede negarse que los pueblos más adelantados en la civilización, hacen la guerra y se ocupan muy poco de la justicia, cuando no tienen represalias que temer; testigo el Himalaya, el Atlas y el Caucaso.

¿Si la filosofía es impotente, cuándo acabará la guerra?. La economía política demuestra que, aun no considerando más que al pueblo vencedor, la guerra se hace siempre en pro de un pequeño número y a expensas de las masas; bastará, pues, que la masas perciban claramente esta verdad, y el peso de la opinión, que aún está dividida, se inclinará completamente del lado de la paz.

Pero si la opinión es soberana aún en el terreno de la fuerza, lo es todavía con mucha más razón en el campo de la astucia. A decir verdad, este es su dominio; porque la astucia es el abuso de la inteligencia, y el progreso de la opinión es el progreso de las inteligencias; por lo menos los dos poderes son de la misma naturaleza. Impostura en el expoliador, implica credulidad en el expoliado, y el antídoto natural de la credulidad es la verdad; de donde se deduce que ilustrar las inteligencias es quitar su alimento a este género de expoliación.

En cuanto a las expoliaciones que se ejercen por medio de la astucia, merece entre otras especial mención la que se llama *fraude mercantil*, nombre que me parece demasiado restringido, porque no solo le comete el comerciante que altera el género ó acorta su metro, sino también el médico que se hace pagar consejos funestos, el abogado que embrolla los procesos, etc. En el cambio entre dos procesos uno es de mala ley; pero como en este caso siempre el servicio recibido se estipula anterior y voluntariamente, es claro que la expoliación de esta especie debe retroceder a medida que adelanta la penetración pública.

Viene en seguida el abuso de los *servicios públicos*, campo de expoliación tan inmenso que no podemos más que echar una mirada sobre él. Si Dios hubiese hecho al hombre un animal solitario, cada uno trabajaría para sí. La riqueza individual estaría en proporción de los servicios que cada uno se hiciera a sí mismo; pero como el hombre es sociable, los servicios se cambian unos por otros, proposición que si queréis, podéis construir a la inversa.

Hay en la sociedad necesidades tan generales, tan universales, que sus miembros proveen a ellas organizando servicios públicos: tal es la necesidad de la seguridad. Todos se concertan y se cotizan para remunerar con servicios diversos a los que hacen a la sociedad el servicio de velar por la seguridad común.

Nada hay en esto contrario a la economía política: Haz esto por mí; y haré aquello por ti. La esencia del contrato es la misma, y sólo el procedimiento remuneratorio es distinto; pero esta circunstancia es de mucha trascendencia. En los contratos ordinarios cada uno es juez único, así de los servicios que recibe como de los que presta; puede siempre rehusar el cambio, ó hacerlo en otra parte, de donde nace la necesidad de no traer al mercado sino los servicios que se aceptarán voluntariamente.

Hemos visto que la sociedad es cambio de servicios: no debería ser sino cambio de servicios buenos y leales; pero hemos demostrado también que los hombres tenían un gran interés, y por consiguiente una inclinación irresistible a exagerar el valor relativo de los servicios que prestan; y ciertamente, no puedo percibir otro límite a esta pretendida pretensión, sino la libre aceptación ó el libre rechazo de aquellos a quienes se ofrecen estos servicios.

De aquí proviene el que algunos hombres recurran a la ley para que esta disminuya en los otros las prerrogativas naturales de esta libertad. Este género de expoliación se llama privilegio ó monopolio: señalemos bien su origen y carácter.

Cada uno sabe que los servicios que trae al mercado general, serán tanto mas apreciados y remunerados, cuanto más raros sean. Cada uno implorará, pues, la intervención de la ley para separar del mercado a todos los que vengan a ofrecer servicios análogos, o lo que viene a ser lo mismo, si el auxilio de un instrumento es indispensable para que pueda prestarse el servicio, pedirá a la ley su posesión exclusiva. Diré poco acerca de esta variedad de la expoliación, y me limitaré a una observación.

Cuando al monopolio es un hecho aislado, no deja de enriquecer a aquel a quien se le ha concedido la ley. Puede suceder entonces que cada clase de trabajadores, en lugar de pedir la caída de este monopolio, reclame por sí un monopolio semejante. La expoliación, erigida de este modo en sistema, se convierte entonces en la más ridícula de las mistificaciones para todo el mundo, y el resultado definitivo es que cada uno cree sacar mejor partido de un mercado general escaso de todo.

No es necesario agregar que este régimen singular introduce además un antagonismo universal entre todas las clases, todas las profesiones, todos los pueblos, que exige una intervención constante, pero siempre incierta, de la acción del gobierno; que está en favor de los abusos que son objeto del párrafo anterior; que coloca a todas las industrias en una inseguridad irremediable, y que acostumbra a los hombres a hacer responsable de su subsistencia a la ley, y no a sí mismos. Sería difícil imaginar una causa más activa de perturbación social.

Justificación

Se dirá: “Por qué esta fea palabra expoliación? Además de ser grosera, hiere, irrita, hace que se pongan en su contra todos los hombres pacíficos y moderados; envenena la lucha.”

Lo declaro en alta voz: respeto las personas; creo en la sinceridad de casi todos los partidarios de la protección, y no me considero con derecho para sospechar de la propiedad personal, la delicadeza, la filantropía de nadie. Repito que la protección es el resultado, el resultado funesto de un error común, error de que todo el mundo, ó a lo menos la gran mayoría, es a la vez víctima y cómplice. Pero al fin, no puedo impedir que las cosas sean lo que son.

Figuraos un tribuno romano hablando en el foro. “Romanos, han fundado todos sus medios de subsistencia en el pillaje sucesivo de todos los pueblos.” Expresaría ciertamente, una verdad incontestable; pero ¿se deducirá de aquí que Roma no estaba habitada sino por pícaros? ¿Qué Catón y Cincinato eran personajes despreciables? ¿A quién puede ocurrirle tal idea? Pero esos grandes hombres vivían en un centro que les quitaba la conciencia de su injusticia.

En los tiempos modernos, como en los antiguos, los ejércitos han servido de instrumento para grandes conquistas, es decir, de grandes expoliaciones. ¿Esto quiere decir que no existen multitud de soldados y oficiales, que individualmente son tan delicados y acaso más que lo que lo son por lo general los que se dedican a las carreras industriales? ¿Hombres a quienes la sola idea de un robo haría enrojecer, y que afrontarían mil muertes antes que descender a una bajeza?

Lo vituperable no son los individuos, sino el impulso general que los arrastra y los ciega, impulso general que los arrastra y los ciega, impulso de que es culpable la sociedad entera.

Lo mismo sucede con el monopolio: acuso al sistema y no a los individuos; a la sociedad en masa y no a tal o cual de sus miembros. Si los más grandes filósofos han podido equivocarse en materia de religión, con cuánta más razón no pueden engañarse los agricultores y fabricantes acerca de la naturaleza y efectos del régimen restrictivo!

Llegado, si es que llega, al fin del capítulo precedente, me parece oír al lector exclamar: “Y bien, ¿no hay razón en acusar a los economistas de secos y fríos? ¡Qué pintura de la humanidad! ¡Pues qué! La expoliación es un poder fatal, casi normal, que toma todas las formas, se ejerce bajo todos los pretextos, fuera de la ley y por la ley, que abusa de las cosas más santas, explotando a su turno la debilidad y la credulidad, y que progresa tanto más cuanto más abunda a su alrededor este doble alimento! ¿Puede hacerse un cuadro más triste del mundo?”

Pero no se trata de saber si ese cuadro es triste, sino si es cierto. La historia puede decirlo.

Es bastante singular que los mismos que desacreditan a la economía política, (o al economismo, como se complacen en llamar a esta ciencia), porque estudia al hombre y al mundo tales como son, lleven el pesimismo mucho más lejos que ella, a los menos en cuanto al pasado y al presente. Abran sus libros y sus diarios: ¿qué ven en ellos? La acritud, el odio contra la sociedad hasta el extremo de que la palabra civilización es para

ellos sinónimo de injusticia, desorden y anarquía. Han llegado a maldecir la libertad; tan poca confianza tienen en los progresos de la razón humana, que son el resultado de su natural organización!

Es cierto que son optimistas para el porvenir; porque si la humanidad, que por sí misma es incapaz, ha seguido un mal camino durante seis mil años, ha llegado ya un revelador que le ha señalado la vía de salvación, y por poco dócil que sea el ganado al llamado del pastor, será conducido a la tierra prometida, donde el bienestar se obtiene sin esfuerzos, y donde el orden, la seguridad y la armonía son la fácil recompensa de la imprevisión. La humanidad no tiene más que consentir en que los reformadores cambien, como dice Rousseau, su constitución física y moral.

La economía política no se ha impuesto la misión de averiguar lo que sería la sociedad si Dios hubiese hecho al hombre de un modo distinto del que le plugo hacerlo. Puede acaso ser digno de sentirse que la Providencia se olvida llamar al principio a sus consejos a algunos de nuestros organizadores modernos; y si el Criador no hubiese prestado poca atención a los consejos de Fourier, el orden social no se parecería en nada a aquel en que nos vemos precisados a respirar, vivir y movernos, como sería distinta la mecánica celeste si hubiese consultado a Copérnico. Pero puesto que estamos en el mundo, puesto que *in eo vivimus, movemur et summus*, no nos queda más remedio que estudiarlo y conocer sus leyes, sobre todo si su mejora depende esencialmente de este conocimiento.

No podemos impedir que el corazón del hombre sea un foco de deseos insaciables; no podemos hacer que estos deseos no exijan trabajo para su satisfacción, no podemos evitar que el hombre sienta tanta repugnancia hacia el trabajo, como atractivo hacia los goces; no podemos impedir que de esta organización resulte un esfuerzo perpetuo entre los hombres para aumentar su cuota de goces, echándose unos a otros por fuerza o con astucia, el fardo del trabajo. No está en nuestro poder borrar la historia universal, ahogar la voz de lo pasado, que atestigua que las cosas han sucedido así desde el principio. No podemos negar que la guerra, los abusos de los gobiernos, los privilegios, los fraudes de todas clases y los monopolios han sido las incontestables y terribles manifestaciones de la combinación de estos dos sentimientos en el corazón del hombre: apego a los goces, odio al trabajo.

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente;” pero todos quieren la mayor cantidad de pan y el menos sudor posible, he aquí la consecuencia deducida de la historia. Gracias al cielo, ésta muestra también que la repartición de los goces y las fatigas tienden a hacerse cada día de una manera más igual entre los hombres. A menos que se niegue la luz del sol, es preciso convenir en que la sociedad ha hecho algunos progresos en este particular. Si esto es así, claro es que hay en ella una fuerza natural y providencial; una ley que hace retroceder cada vez más el principio de la iniquidad, y realiza más y más el principio de la justicia.

Decimos que esta fuerza está en la sociedad, y que Dios la ha colocado en ella. Si no estuviese en la misma sociedad, nos veríamos obligados a buscarla, como los autopistas, en los medios artificiales, en arreglos que exigen la alteración previa de la constitución física y moral del hombre; o más bien, consideraríamos como inútil y vaga esta investigación porque no podemos comprender la acción de una palanca sin punto de apoyo.

Ensayemos, pues, señalar la fuerza benéfica que tiende a superar progresivamente la fuerza maléfica a que hemos dado el nombre de expoliación, y cuya presencia está demasiado explicada por el raciocinio y comprobada por la experiencia.

Todo acto maléfico tiene necesariamente dos extremos: el punto de donde emana, y aquél donde va a parar; el hombre que ejecuta el acto, y aquel contra quien se ejecuta; o como dicen en el escuela, el agente y el paciente.

Hay, pues, dos medios de suprimir el acto maléfico: la abstención voluntaria de ser activo, y la resistencia del ser pasivo. De aquí nacen dos morales, que lejos de contrariarse van a la par: la moral religiosa y filosófica, y la moral que me tomaré la libertad de llamar económica.

La moral religiosa, para llegar a la supresión del acto maléfico, se dirige a su autor, al hombre considerado como agente. Le dice: "Corrígete, purifícate, cesa de hacer mal, haz bien; doma tus pasiones; sacrifica tus intereses; no oprimas a tu prójimo, a quien debes amar y consolar; se primero justo y después caritativo." Esta moral será eternamente la mas bella, la mas conmovedora, la que mostrará a toda la raza humana en toda su majestad, la que mas se prestará a las impresiones de la elocuencia, y excitará mas admiración y simpatías entre los hombres.

La moral económica aspira al mismo resultado; pero se dirige sobre todo al hombre considerado como paciente. Le muestra los efectos de las acciones humanas, y por esta exposición le estimula a resistirse contra los que le ofenden, a encomiar las que le son útiles. Se esfuerza en reprimir por la masa oprimida el buen sentido, la luz y justa desconfianza suficientes para hacer la opresión cada vez más difícil y peligrosa.

Es preciso advertir que la moral económica no deja de obrar también sobre el opresor. Un acto maléfico produce bienes y males; males para el que le sufre, y bienes para el que le ejecuta, sin cuya circunstancia no se efectuaría; pero falta mucho para que haya compensación. La suma de los males es siempre y necesariamente mayor que la de los bienes, porque el hecho mismo de oprimir trae consigo una pérdida de fuerzas, cría peligros, provoca represalias, exige precauciones costosas. La simple exposición de estos efectos no se limita, pues, a provocar la reacción de los oprimidos, sino que además agrega a su partido a todos aquellos cuyo corazón no está pervertido, y turba la seguridad de los mismo opresores.

Pero es fácil de comprender que esta moral, mas bien virtual que explícita, que no es en resumen mas que una demostración científica, que hasta perdería de su eficacia si cambiase de carácter, que no se dirige al corazón sino a la inteligencia, que no procura persuadir, sino convencer, que no da consejos, sino pruebas, cuya misión no es conmover, sino ilustrar, y que no obtiene sobre el vicio otra victoria que la de privarle de incentivo, es fácil de comprender, repito, que esta moral haya sido acusada de sequedad y de prosaísmo.

La acusación es cierta, sin ser justa. Equivale a decir que la economía política no lo dice todo, no lo abraza todo, no es la ciencia universal; pero ¿quién ha sentado jamás en su nombre una pretensión tan exorbitante? Para que la acusación fuese fundada, sería preciso que la economía política presentase sus procedimientos como exclusivos, y tuviese la baladronada, como se decirse, de prohibir a la filosofía y a la religión el

ejercicio de todos los medios propios y directos de trabajar en el perfeccionamiento del hombre.

Admitamos, pues, la acción simultánea de la moral propiamente dicha, y de la economía política, por el aspecto de su fealdad; la roca desacreditándole en nuestras convicciones por la pintura de sus efectos. Lleguemos hasta confesar que el triunfo del moralista religioso cuando se realiza es más bello, mas consolador y mas radical; pero la mismo tiempo convengamos en que es difícil no reconocer que el de la ciencia económica es más fácil y seguro.

En algunas líneas, que valen más que muchos volúmenes *in folio*, J. B. Say ha hecho ya observar, que para hacer cesar el desorden introducido por la hipocresía en una familia distinguida, había dos medios: corregir a Tartufo o desasnar a Orgon. Moliere, ese gran pintor del corazón humano, parece haber considerado siempre como más eficaz el segundo procedimiento. Así sucede en el teatro del mundo. Díganme lo que hizo César, y les diré lo que eran los romanos de su época; díganme lo que lleva a cabo la diplomacia moderna, y les diré el estado moral de las naciones. M. Guizot no hubiera tenido ocasión de decir: La Francia es bastante rica para pagar su gloria, si la Francia no se hubiera nunca apasionado por la falsa gloria. No son como se cree los monopolizadores, sino los monopolizados, los que sostienen los monopolios. Y en materia de elecciones no hay corruptibles son los que pagan los gastos de la corrupción. ¿No es a ellos a quienes toca hacerla cesar?

Conmueva, pues, la moral religiosa el corazón de los Tartufos y los Césares, de los monopolizadores, etc.: la tarea de la economía política es ilustrar a los que aquellos engañan.

Por más que miro, leo, observo, pregunto, no encuentro ningún abuso ejercido en una escala un poco vasta, que haya perecido por la renuncia voluntaria de los que se aprovechan de él; veo muchos por el contrario, que ceden a la resistencia de los que le sufren.

Describir la consecuencia de los abusos, es, pues, el medio más eficaz de destruirlos. Y ¡cuán cierto es esto, sobre todo cuando se trata de abusos, que como el régimen restrictivo, a la vez que imponen males reales a las masas, no encierran sino ilusión y engaños para los que creen sacar provecho de ellos!

Además, ¿esta especie de moralización realizará por sí sola toda la perfección social que hacen esperar y prever la naturaleza simpática del alma humana y de sus más nobles facultades? Estoy bien lejos de pretenderlo. Admitamos la completa difusión de la moral defensiva, que no es en resumen sino el conocimiento de los intereses bien entendidos, de acuerdo siempre con la utilidad general de la justicia. Una sociedad en que ya no hubiese pícaros, porque tampoco hubiese tontos, en la que el vicio siempre latente, y por decirlo así, adormecido por el hambre, no necesitase sino algún alimento para revivir; en la que la prudencia de cada uno fuese dirigida por la vigilancia de todos, y en la que la reforma, en fin, regularizando los actos exteriores, pero deteniéndose en la epidermis, no hubiera penetrada hasta el fondo de las conciencias; esta sociedad, aunque muy bien ordenada, es probable que tuviese muy pocos atractivos. Semejante sociedad se nos presenta algunas veces, bajo la forma de uno de estos hombres exactos, justos, rigurosos, pronto a reclamar contra la más ligera violación de sus derechos, hábiles en

no dejarse usurpar nada absolutamente: se le estima, se le admira tal vez; se le hará su diputado; pero no su amigo.